



II Conferencia La Obediencia

El hombre obediente cantará victorias dice el sabio. La virtud de la obediencia –como dice la Regla– es la única que nos hace verdaderamente religiosas. Es mejor recoger una paja por obediencia que hacer milagros por voluntad propia.

La obediencia debe ser ejecutada con prontitud y amor a las personas que Dios nos ha puesto como autoridad. ¡Qué dulce paz posee la que es obediente cuando está convencida que obedeciendo hace la voluntad de Dios!

Las personas del mundo se llenan de ansiedad y duda –aún las más piadosas a veces– sobre sus mejores obras; pero la religiosa está segura que obedeciendo, hace siempre la santa voluntad de Dios, y que nosotras pedimos que se cumpla cada día cuando rezamos el Padre Nuestro.

La obediencia es pronta, la religiosa que deja para más tarde una indicación dada, cumple con negligencia; quién no deja sus ocupaciones al primer toque de la campana, no tiene la prontitud en la obediencia y por consiguiente no es una verdadera religiosa.

La obediencia debe ser completa, es decir perfecta y agradable a los ojos de Dios. Si me ordenan alguna cosa según mis gustos, lo hago con alegría, está bien; pero si me dan una orden contraria a mis gustos se torna difícil y busco mil pretextos para evadir esta acción que me cuesta, mi obediencia no es entonces pronta, no soy una religiosa obediente.

La obediencia debe ser sobrenatural. No tiene obediencia sobrenatural la hermana que juzga los talentos, la edad y quizá las virtudes de la superiora y haciendo comparaciones, se cree dispensada de obedecer, porque su orgullo y su corazón soberbio le hacen creer que ella es mejor que su superiora. Ella olvida que Jesús, la sabiduría encarnada, el verbo del Padre, ha obedecido treinta años a dos criaturas en la tierra. Él no presumió de nada aunque estuvo sobre todas las cosas.

El dulce salvador ha merecido el nombre sobre todo nombre que hace doblar las rodillas hasta en el infierno porque Él ha sido obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Procuren entonces, hijas mías tener una obediencia sobrenatural y serán verdaderamente obedientes.

Oh cuando vengan las pruebas de la obediencia sobre una cruz dolorosa y tengamos la necesidad de ser generosas, con la fuerza de la consumación; felices nosotras si la obediencia nos inmola, es el signo más

seguro que Jesús nos ama y nos coloca sobre la cruz al lado de Él.

Repitamos entonces estas hermosas palabras, pues aún sabiéndonos sobre el calvario resuenan a libertad: Es mejor sacrificarse con Jesús que ser libres en la celda de los pecadores.

Los deseos más ardientes del corazón de vuestra madre general es que cada una de ustedes sean hijas de obediencia.

Así sea.